



EL HOMBRE DE LAS NARICES

Un cuento de Miquel Puig Ilustrado por Patricia Bolinches



EL HOMBRE DE LAS NARICES

Un cuento de Miquel Puig Ilustrado por Patricia Bolinches

L'ETNO
Museu Valencià d'Etnologia

DIPUTACIÓ DE
VALÈNCIA
Àrea de Cultura

COLECCIÓN «ESPANTA LA POR!», VOL. 3
EL HOMBRE DE LAS NARICES

© 2020. Edita: L'ETNO, Museu Valencià d'Etnologia. Diputació de València
Calle Corona, 36. 46003 Valencia.
letno@dival.es www.letno.es

© 2020. Texto: Miquel Puig Cuadau

© 2020. Diseño e ilustraciones: Patricia Bolinches Vidal

Coordinación de la edición: Departamento de Didáctica de L'ETNO,
Museo Valenciano de Etnología

Impresión: Imprenta de la Diputación de Valencia

Deposito Legal: V-2395-2020

Edición no venal. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida, de ninguna manera ni por ningún medio, sin la autorización previa y escrita del editor, salvo las citaciones en revistas, periódicos, libros o medios audiovisuales si se menciona la procedencia.

A Carme Navarro y Teresa Gomis,
agradeciendo su ayuda y colaboración.

Dani nunca se hubiese imaginado que aquel invierno ocurriría una cosa tan excepcional. Desde que había escuchado aquella historia la Noche de Ánimas no dejaba de fijarse en todas las narices que veía. Narices chatas como una castaña, aguileñas como la del Gigante Goliat, aplastadas como los pimientos, alargadas como un tobogán, de tacón, como las de Marilyn, partidas en dos mitades como unos gajos de naranja, con verrugas de bruja, con pecas de pelirrojo...

Y no solo eso, sino que, además, no podía dejar de fijarse en cómo la gente movía la nariz, cómo su maestro abría las aletas cada vez que se enfadaba, cómo la abuela la arrugaba al subirse las gafas, cómo el tío Carlos movía la puntita de derecha a izquierda cuando olía la comida.



Así fue cómo se dio cuenta de que su amigo-enemigo **Andrés Piesdelrevés** empinaba la puntita de la nariz cada vez que presumía, cuando explicaba los detalles del último regalo que le había hecho su padre. El nuevo patinete eléctrico, los videojuegos recién estrenados o las tabletas y consolas acabadas de llegar al mercado. Andrés siempre estaba, que si tengo esto, que si tengo aquello..., y, además, siempre quería tener razón y, eso, a Dani, le requemaba la sangre.

Por ese motivo, cuando Andrés empezó a llevarle la contraria con el tema del Hombre de las narices, Dani se prometió que le demostraría la existencia de aquel extraño personaje para dejarlo en evidencia.



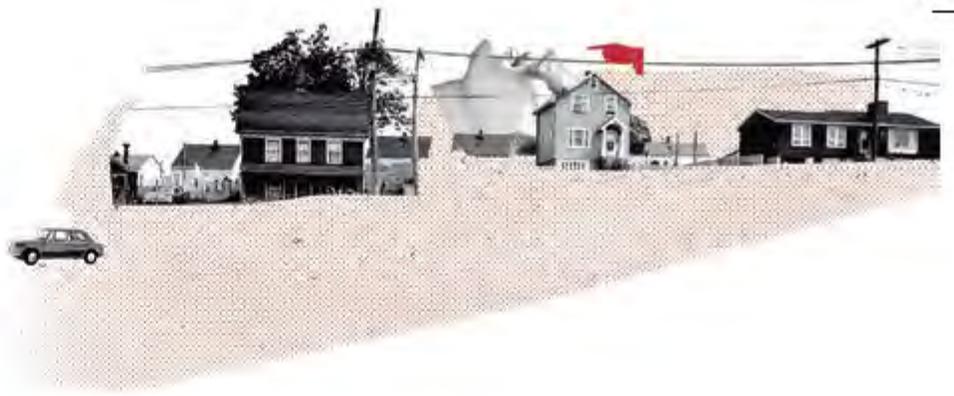
- ¿Cómo quieres que exista un hombre que tenga tantas narices como días tiene el año?
- ¿Cómo que no? Cosas más extrañas se han visto.
- Pues no le cabrán en la cara.
- Sí, porque las tendrá de diferentes tamaños y también repartidas por todo el cuerpo.
- ¡Pero qué dices!
- ¿Cómo? ¿Acaso no crees en las criaturas fantásticas?
- Mi nombre es Andrés, aquel que se cree solo lo que ve. ¡Ja, ja, ja!
- Ah, ¿pero que tú no sabes que la magia existe? Este hombre, seguramente, habrá sido víctima de un hechizo.
- Cuentos de viejas.





Dani no le quiso contestar, pero se dijo que, de la misma manera que el sol salía cada día, él encontraría al Hombre de las narices por mucho que le costara.





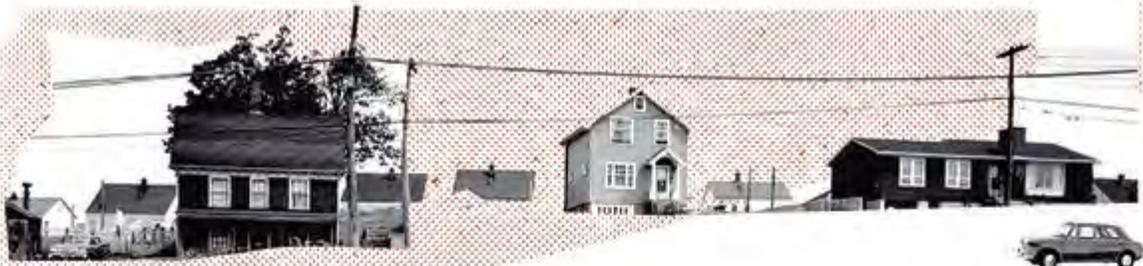
Trazó un plan de investigación exhaustivo, y así fue cómo empezó a fijarse siempre en las caras de la gente y observó que todos tenían las narices muy diferentes.



Al principio, pensó que un hombre con tantas narices quizás viviría por la periferia o en las afueras, para evitar ser visto por la gente, así que, durante un par de semanas, se dedicó a recorrer todas las casitas de campo, los polígonos industriales y los barrios que había alrededor de la ciudad.



Después pensó que, quizás, el Hombre de las narices se escondía entre los mendigos que vagabundeaban por las calles, y decidió acercarse para ver si lo encontraba entre los que dormían con el cielo por sombrero y se detenían a pedir limosna delante de la puerta de las tiendas.



También pensó que un hombre con tantas narices quizás podía vivir en compañía de los actores de teatro para poder disimular su aspecto con algún disfraz, y recorrió salones de belleza y de maquillaje profesional buscando algún detalle que le diera una pista, pero nada de nada.



Pasaban las semanas y la historia que Dani escuchó pasado el día de Todos los Santos se había convertido en una preocupación constante.

Se acercaba la Nochevieja y él sabía que cada vez sería más difícil encontrarlo.

—¿Qué? ¿Cómo va? —le preguntó un día Andrés—

—Continúo avanzando en la investigación.

—¡Ja, ja, ja! Investigación ha dicho!

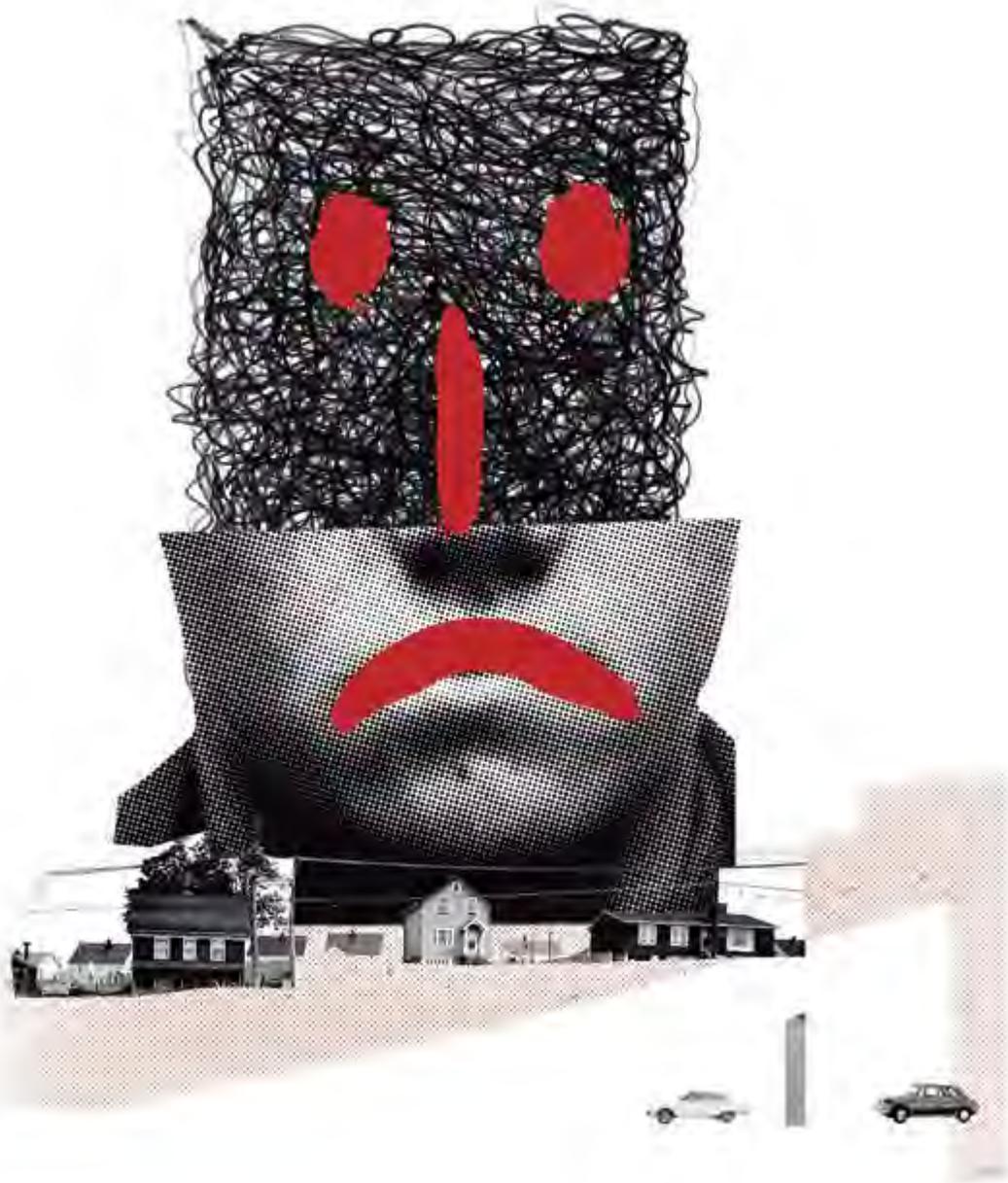
Andrés fruncía la nariz mientras reía y eso a Dani lo enfureció de tal manera que se marchó corriendo sin contestarle, pero totalmente decidido a encontrar al Hombre de las narices. Aquello ya era un asunto de amor propio.



Aquella situación enfurecía tanto a Dani que no lo dejaba ni pensar. Su amigo-enemigo tenía la gracia de sacarlo de sus casillas y aquella actitud le dolía en lo más hondo de su corazón. Necesitaba relajarse para pensar con claridad, así que nada mejor que dedicarse a leer para dejar que la mente viajara a otros lugares.

¡Ah! Fue pensar en aquello y enseguida le vino una idea a la mente.

—¡Viajar, claro! ¿Cómo no lo había pensado antes?



Dani se dedicó a buscarlo en la estación del tren, en las paradas de autobuses y en la parada de taxis. Observaba con atención a toda la gente que pasaba, alguien entre la multitud tenía que llevar una bufanda exagerada que le cubriera parte de la cara y le tapara las narices.

Claro, como era invierno y ya estábamos cerca del día de Navidad, toda la gente vestía muy abrigada, e incluso había quién usaba sombrero. Después de tres días de investigación, Dani estaba nervioso, contrariado y también un poco desesperado, empezaba a creer que no lo vería nunca. Cansado, a la hora de cenar decidió abandonar la estación de autobuses y regresar a casa.



Andaba cabizbajo, decepcionado, cuando, de repente, oyó a una persona que estornudaba de una manera extraña.

**¡Achís! ¡Achús! ¡Achés!
¡Achúm! ¡Achím! ¡Achem!**

Su madre también estornudaba unas cuantas veces seguidas, de seis en seis, y Dani sabía que eso le pasaba también a otra gente, como a su abuela o a su amiga Blanca, pero en este caso los estornudos habían sonado muy diferentes.



BUS



Dani se dio media vuelta y vio a un hombre extraño. Llevaba sombrero, abrigo largo y un pañuelo con el que se cubría parte de la cara. Andaba mirando a la gente en señal de alerta, como si tuviera miedo de ser descubierto y eso, para Dani, fue la señal definitiva.

Lo siguió cuando salía de la estación y tan solo a dos manzanas vio como entraba en un edificio de pisos. Una vez dentro del portal, se dio la vuelta hacia la calle y se retiró el pañuelo de la cara sin saber que Dani lo vigilaba desde la distancia.

—¡Oooohhh! ¡Tres narices en la cara! ¡Y son bastante grandes, no! ¡Ahora ya sé dónde vive! —dijo satisfecho.

La mañana siguiente era el último día de clase antes de Navidad y Dani le dijo a Andrés que ya había encontrado a aquel ser fantástico y que podía mostrarle dónde vivía.

—Pero, tendremos que ir muy temprano y pasar allí todo el día de vigilancia.

—Sin problemas, mañana es sábado, pero ¿seguro que lo has encontrado?

—Mi padre nos podría llevar a primera hora. El tuyo ¿podrá venir a recogernos a media tarde?

—¡Ah! Pues no lo sé. Los sábados también trabaja, se lo preguntaré. Pero ¿seguro que es él?



Al día siguiente, antes de que saliera el sol, el padre de Dani los dejó cerca del edificio donde había entrado el Hombre de las narices. Dani y Andrés acamparon en el parque que había justo enfrente de la puerta principal, desde donde vigilarían el acceso al edificio. Llevaban prismáticos, cámara de fotos, comida y agua para pasar todo el día. Estuvieron allí toda la jornada, pero no lo vieron ni entrar ni salir del edificio.

—¡No sé por qué hemos venido! ¡Vaya, que día llevamos! ¡Ya sabía yo que no lo habías encontrado! ¡Menos mal que este juego nuevo es la bomba!

Andrés, que se había pasado todo el día jugando con su consola en lugar de mirar hacia la puerta, fue alimentando un sentimiento de desconfianza a medida que pasaban las horas y aquello puso a Dani tan nervioso como si fuera un maestro sin paciencia.

Cuando llegó la hora de regresar, Dani había aceptado resignado su derrota pero estaba dispuesto a persistir.

- Tendremos que volver mañana. ¿Tu padre a qué hora vendrá?
—Mi padre... ahora le llamo por teléfono.
Pero... mañana es víspera de Navidad.
—¡Es verdad! Seguro que no nos dejan venir!

Andrés sacó su móvil de última generación, más moderno aún que el del padre de Dani.

- Papá, ¿vienes a por nosotros?... ¡Ah!...
¿Que todavía no has acabado?... bien..., vale..., de acuerdo.
—¿Tardarás mucho en llegar?
—Me ha dicho que no puede recogerlos, que cojamos un taxi.

Andrés se mostró un poco disgustado al finalizar la conversación telefónica. Dani notó como su amigo-enemigo estiraba un poco la nariz y por una vez sintió pena por él; su expresión no tenía nada que ver con el Andrés que siempre se burlaba o presumía.

Durante las vacaciones de Navidad, Dani estuvo dándole vueltas a su plan, estaba decidido a entrar en el edificio y a llamar puerta por puerta si era necesario. ¡Tan cierto como que él tenía dos piernas que lo tenía que localizar! Tendría que buscar, eso sí, una buena excusa para no llamar la atención del vecindario.

Quedaron para continuar la aventura el Día de los Inocentes. El padre de Andrés los llevó a primera hora antes de acudir a su trabajo. Andrés y Dani comenzaron la vigilancia, bueno, mejor dicho, Dani comenzó la vigilancia, puesto que Andrés estaba entretenido con su reloj digital nuevo que era capaz de hacer todo un abanico de funciones, que no paraba de explicarle a Dani, hasta tal punto, que por un momento pensó que su cabeza iba a estallar. La cantinela era tan, tan repetitiva, que Dani suspiraba y pensaba:



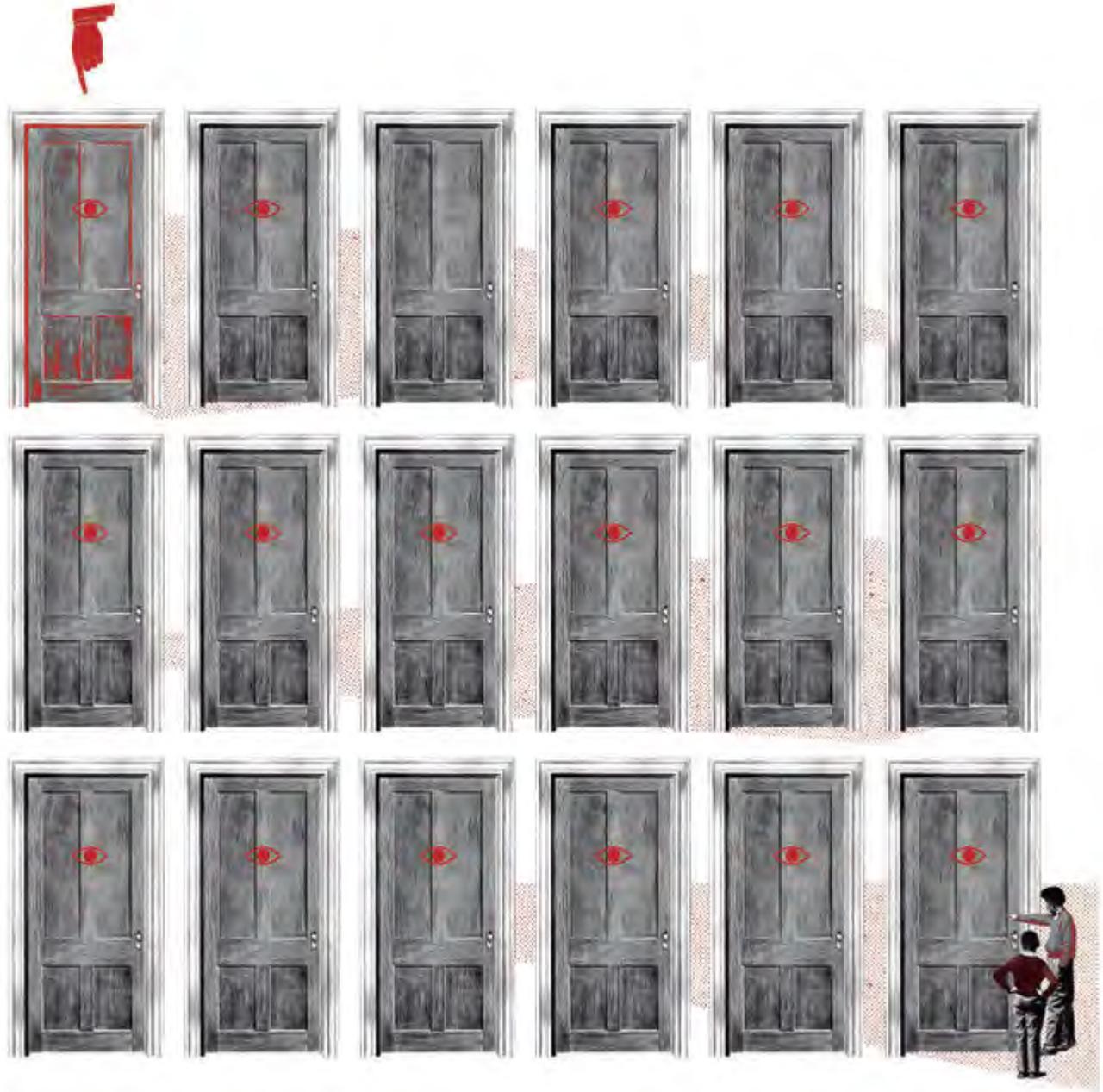
—¡Uf! ¡Qué pesado! ¿Cómo se me ocurriría decirle que viniera?

Cuando se ponía así era insoportable. Entre aquello y que el Hombre de las narices no hacía acto de presencia, que ya pasaba de media mañana y que Dani no dejaba de pensar en que solo faltaban cuatro días para Nochevieja, se decidió a aplicar su plan.

—Pues, ¡venga! ¡Coge la mochila y vamos!

—¿Vamos?

—Sí, llamaremos puerta por puerta hasta que lo encontremos.



Entraron en el edificio y en la primera puerta les abrió una señora mayor.

—¿Qué queréis majetes?

—**Estamos realizando un trabajo para la escuela.**

¿Usted cree en los extraterrestres?

—¿Cómo decís, preciosos? —Parecía que la mujer estaba más sorda que una tapia—

—**Que si usted cree que hay vida fuera del planeta Tierra.**

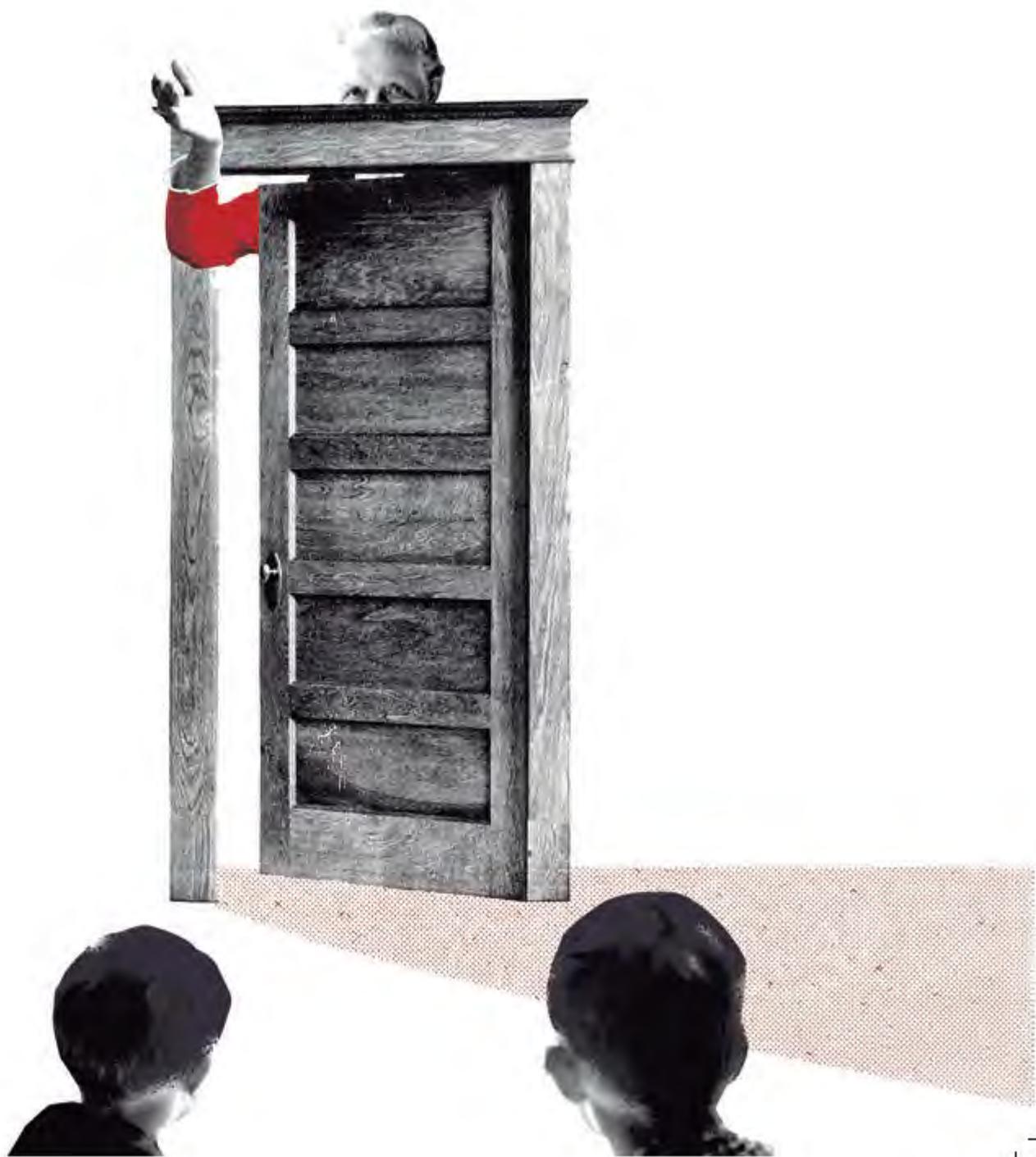
—¡Ay niños! Si ya es bastante difícil la vida en la Tierra!

—**Muchas gracias y disculpe pero esto era una broma para divertirla, que hoy es el Día de los Inocentes.**

Le dieron una tarjeta que Dani había hecho con la fecha y un rótulo donde se leía:

**La vida es alegría, recuperamos la fiesta que nos trae una sonrisa.
Día de los Inocentes.**

Así fueron llamando a los timbres y obteniendo diferentes respuestas del vecindario. Algunos les cerraban la puerta en las narices enfadados, otros estallaban en una carcajada y les agradecían la iniciativa, otros, atareados, les decían que ellos no estaban para bromas absurdas. Cuando llegaron al último piso y acabaron con todas las puertas sin ningún éxito, Dani se hundió.



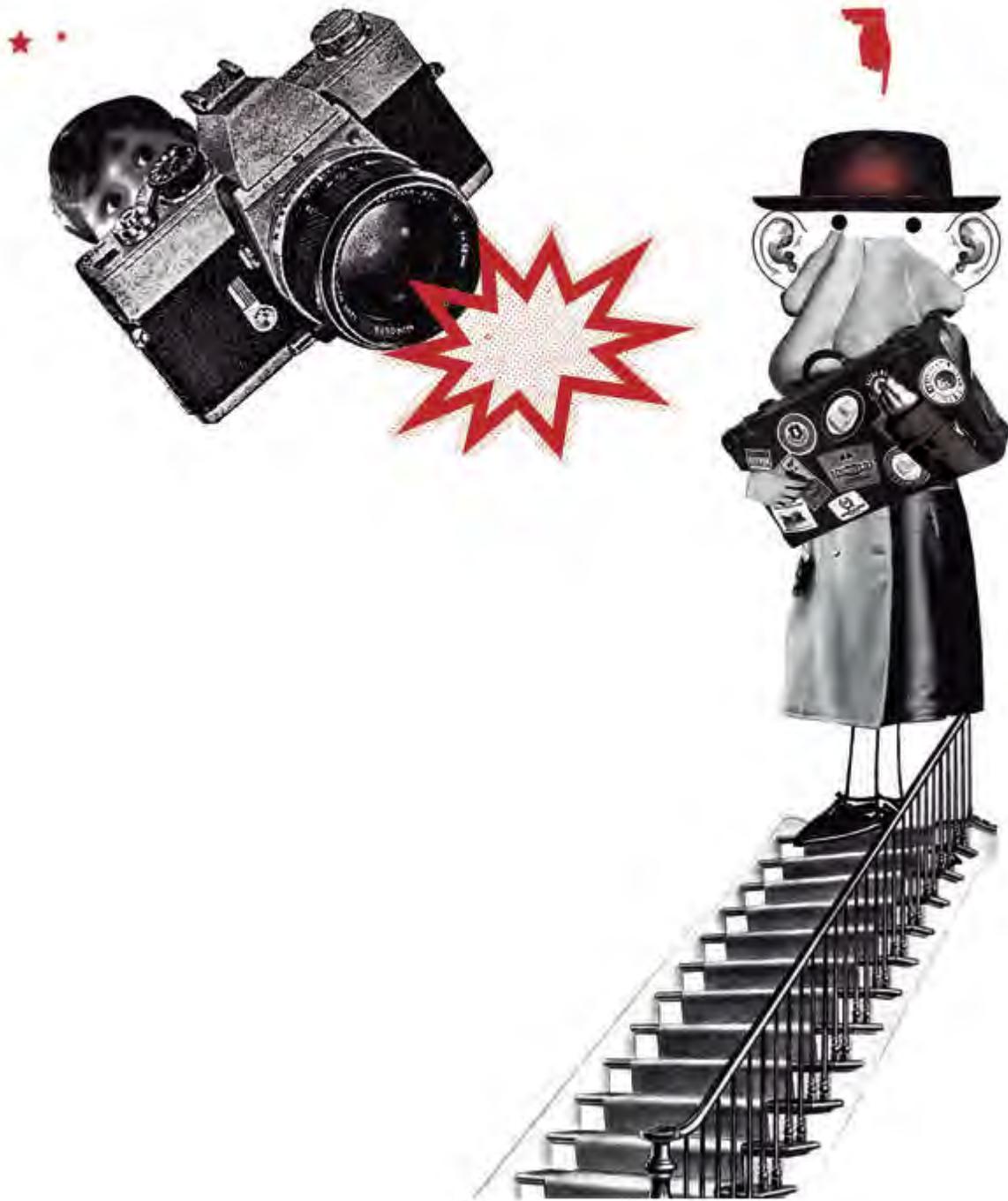
Se quedaron sentados en la escalera y Andrés no callaba:

—¿No te lo decía yo que no podía ser? ¡Si es que no puedes creerte todo lo que cuentan los viejales! Yo ya he aprendido a no creerme casi nada de lo que dicen mis padres.

Y en aquellas estaban cuando oyeron una puerta que se cerraba escaleras arriba —no habían pensado que el edificio podría tener un ático —; en ese mismo momento, percibieron las pesadas pisadas de unas botas. Dani se giró y al ver que aquel hombre con tres narices en la cara bajaba por las escaleras sacó rápidamente su cámara fotográfica. Andrés se quedó paralizado ante la imponente presencia de aquel hombre que habían esperado con tanto anhelo y al que él creía un ser fantástico.

El Hombre de las narices bajaba a cara descubierta, puesto que no esperaba encontrar a nadie justo allí. Al ver como Dani intentaba fotografiarlo, intentó cubrirse la cara con la maleta que llevaba, pero la cámara ya había captado su imagen.

—¡Eh! ¡Vosotros! ¿Qué hacéis por aquí?



Su voz grave y profunda como una caverna resonó en la escalera y los dos amigos se quedaron paralizados. Al llegar hasta donde estaban lanzó la vieja maleta, que rebotó estrepitosamente, y los agarró por el cuello de la camisa.

—¿Qué os pensáis?

—No hemos hecho nada, es una inocentada,
hoy es el Día de los Inocentes.

—¿De los inocentes? Dadme la cámara!

Dani no pudo evitar que le cogiera la cámara y cuando le soltó la camisa, él aprovechó para salir pitando escaleras abajo.

Mientras tanto, Andrés estaba paralizado, se había quedado mudo, notaba la presión de la mano de aquel hombre sobre el cuello y el susto lo mantenía alerta. Intentaba pulsar disimuladamente la tecla de llamada del móvil que sostenía en la mano que quedaba fuera de la vista del Hombre de las narices.

Se dio cuenta de que lo había conseguido y pensaba que su padre estaría atento al teléfono, sabría que pasaba algo raro y vendría a por él. Pero en aquel punto del edificio el móvil no tenía cobertura y su llamada no se produjo, de nada le servía un teléfono de última generación en aquel instante.



—¿Qué haré contigo? Ya tiene la cosa narices,
¡tres días que faltan para Nochevieja!

Andrés lo miró con cara de angustia y dijo:

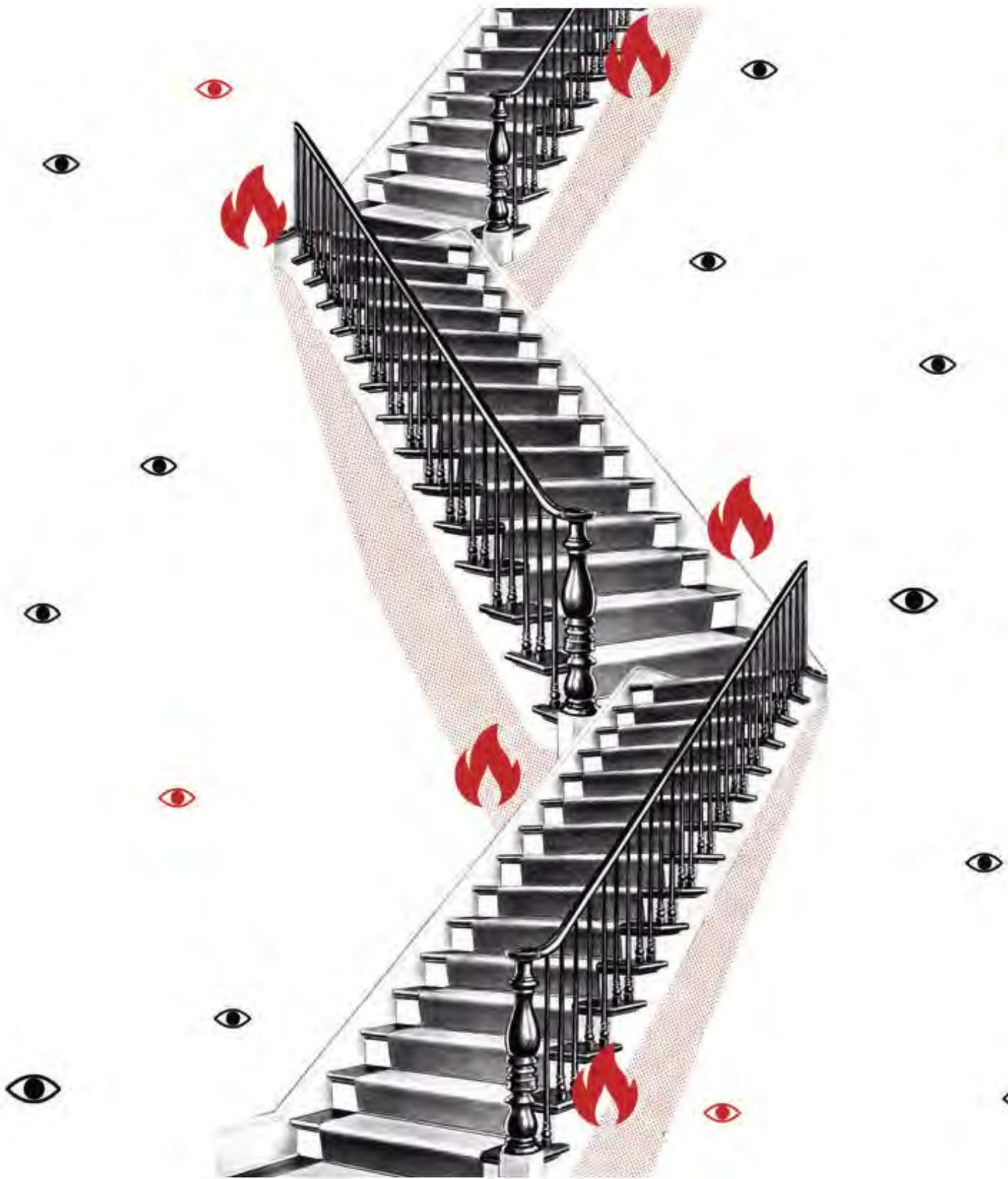
—No diré nada... deje que me vaya... no diré nada.
—Tú no dirás nada, pero tu amigo ha huido corriendo,
y él sí que lo dirá. ¡Eh, tú! ¡Sube ahora mismo o no sé
qué haré con tu amigo!

El grito pavoroso y escalofriante resonó por toda la escalera y Dani se quedó de piedra. No se le ocurría qué podía hacer; si huía, ¿qué pasaría con Andrés? Tenía que pedir ayuda, pero no tenía ningún teléfono; ¿qué podía hacer ante aquella emergencia? Pero cuando pensó en la palabra emergencia, de repente, se le ocurrió una idea.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!

Comenzó a llamar a todos los timbres de las viviendas.

—¡Avisen a la policía! ¡Avisen a los bomberos! ¡Fuego! ¡Fuego!



Todos los vecinos salieron de sus pisos, algunos gritaban asustados, otros, los más sensatos, decían:

—¡Si no huele a humo!

En un santiamén se armó un lío en la escalera que aquello parecía un día de mercado. En un minuto se oyeron las sirenas de los bomberos y de la policía que llegaban. Los agentes subían corriendo escaleras arriba, preguntaban dónde estaba el fuego y pedían a todo el mundo que evacuara el edificio.

—¡Tenemos que revisar todas las viviendas! ¡Evacuen! ¡Evacuen!

—¡Pero si no hay fuego!

—¡Venga! ¡Abandonen la escalera! ¡Bajen! ¡Bajen!

—¡Pero si yo estaba mirando la telenovela!

—Pero... ¿¡Qué es más importante la televisión o un incendio!?

¡Baje inmediatamente!

—¿Pero si tengo la comida a medio hacer!

—¡Señora! ¡Es el protocolo! ¡Evacue!



El Hombre de las narices vio que aquel disparate podía ser la oportunidad para huir pasando desapercibido y que retener a Andrés solo le traería más complicaciones, así que lo dejó marchar. Abrió la maleta y se colocó una bufanda que le cubría la cara.

Cuando Andrés salió disparado escaleras abajo y se encontró con toda la gente y con Dani en medio de aquel lío, lo abrazó con una sonrisa de oreja a oreja. Los dos bajaron hacia la calle contentos porque habían visto al Hombre de las narices y habían conseguido escapar.



Una vecina, ya en la calle, se dirigió a los bomberos y les dijo:

—Seguro que esto es una inocentada,

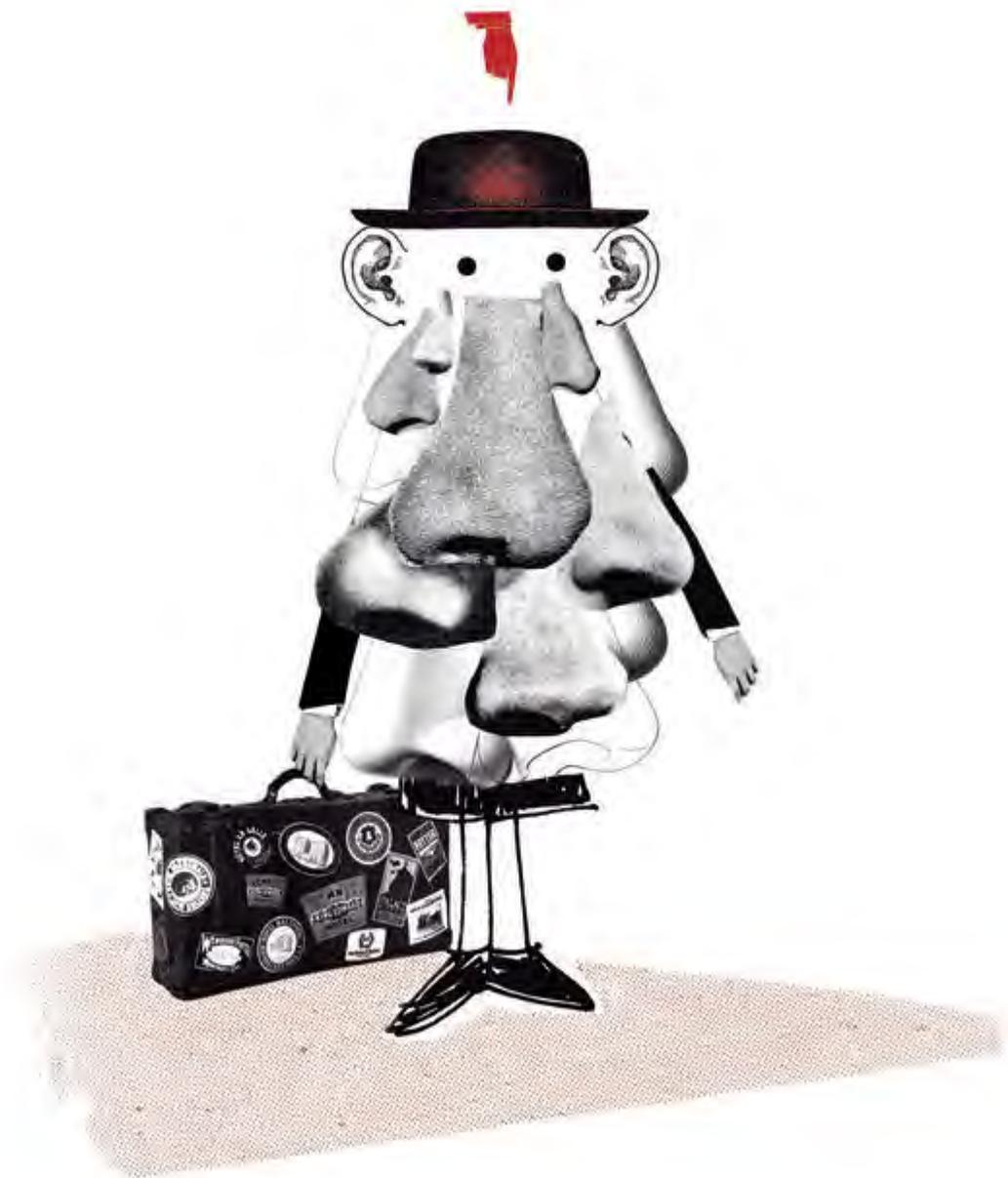
¿no ven que no hay señales de humo ni de nada?

—Pues, ¡qué poca gracia! Con estas cosas no se juega.



El Hombre de las narices aprovechó el descontrol para salir del edificio disimuladamente, y cuando se dio media vuelta vio que dos jovencitos lo miraban desde la otra acera de la calle. Se dio cuenta de que hacían una señal de asentimiento al mismo tiempo que lo saludaban con la mano como en una especie de reverencia, y de alguna manera, con aquel gesto entendió que podía confiar en ellos.

Dani nunca se habría imaginado que aquel invierno le pasaría una cosa tan excepcional. Con aquella historia de la Noche de Ánimas descubrió todo un mundo de magia y fantasía e hizo un gran amigo.





Epílogo

Pocos son los que pueden decir que han visto al Hombre de las narices, pero esto que es un viaje incansable que solo sale por las calles con transcurrido el último día del año, cuando pasa desapercibido, sin taparse la cara, porque se cumple el hechizo que lo persigue desde tiempos inmemoriales, pero que él tiene tantas narices como días tiene el año. Al día siguiente todo comienza de nuevo y tiene que disimular durante trescientos sesenta y cuatro días para no ser descubierto por los chavales que creen en la magia, como Dani y Andrés. Y tú, ¿te lo crees?



L'ETNO

Museu Valencià d'Etnologia

DIPUTACIÓ DE
VALÈNCIA

Àrea de Cultura